

Mi sueño dorado continuaba siendo el mar, y poco á poco conseguí que Soledad no tuviera ya por vanos mis sueños. La pobre veía por mis ojos y entendía por mi entendimiento. ¿Cómo no la había de alegrar lo que me alegraba, y cómo no había de esperar en lo que yo esperaba y creer en lo que yo creía?

En ménos de un año se llevó Dios uno tras otro á los padres de Soledad y á los míos. Los dos lloramos mucho por ellos, y no parecía sino que el dolor nos hacia querernos más y buscar más el consuelo uno en otro.

Felizmente uno y otro habíamos heredado de nuestros padres una fortunilla, que juntándola y juntándonos nosotros en una casería como la de mi hermano, y haciendo lo que habían hecho nuestros padres y mi hermano y mi cuñada hacían, es decir, trabajar, no soñar con más mundo que el que abarca la vista, y contentarse hoy con un poquito ménos de lo que se ganó ayer, hubiera sido bastante para que hubiéramos llegado adonde han llegado mi hermano y mi cuñada, que era aquello que soñaba Péru en la cumbre del Sarántes, viendo los valles de tierra adentro, y yo tenía por tonto y de mal gusto, viendo la llanura azul é infinita de tierra afuera.

Por último, Soledad y yo nos casamos, y durante los primeros meses sólo pensamos en saborear la sal de la boda, ¡que juro á bríos nos sabía á rosquillas!

Chómin se detuvo, trocando de repente la alegría nacida de esta última idea en tristeza nacida, sin duda, de la idea subsiguiente.

— Señora ama, añadió esforzándose por ahuyentar aquella tristeza, ahora viene lo amargo de mi pesada

historia. Déme V. otro sorbillo de lo del tarro, para ver de endulzarla un poco.

Mari-Santa llenó la copa y Chómin la desocupó de un trago, miéntras todos, y particularmente su ama, le animábamos con afectuosas palabras á proseguir su relato.

Éste podrá ser pesado para otros, pero de seguro para ninguno de nosotros lo era, porque ninguno de nosotros dejaba de hacer aplicaciones allá en el fondo de su memoria y su corazón.

Cuando la palabra ó la pluma ó el pincel son intérpretes de la verdad, un poquillo de arte basta para arrancar un aplauso.

## XIX.

### SUEÑOS Y REALIDADES.

— Una tarde de verano subimos Soledad y yo á Campanzar y nos sentamos sobre unas ruinas. El sol, como una gran rueda de fuego, iba ya á hundirse en los mares del Noroeste, y todo el horizonte marino parecía con su luz un lago inmenso de oro y diamantes derretidos. Yo no sé qué soñé y vi allá hácia donde el sol se ocultaba, que comparado con ello me parecía sombrío y triste cuanto había más acá, incluso lo que más quería, que era Soledad.

Una mujer pasó por allí, nos dió las buenas tardes, se santiguó, tocó con la punta de los dedos las ruinas en

que nosotros estábamos sentados, besó la punta de los dedos, é iba á proseguir su camino.

— ¿Qué ruinas son éstas? le pregunté.

— Son, me contestó, las de una ermita de la Virgen de la Mar, muy venerada en tiempos antiguos. Bien se conoce que las gentes de ahora no tienen la fe que tenían las antiguas, pues si la tuvieran no hubieran dejado arruinar una ermita tan milagrosa, que todo el que le hacía una promesa al ir por esos mares afuera, volvía salvo y rico!

— ¡Salvo y rico! exclamamos Soledad y yo, y mientras la buena mujer se alejaba, callábamos y meditábamos con la vista fija en aquel infinito lago de oro y diamantes líquidos, que se dilataba hasta donde no alcanzaban los ojos, allá hacía el Noroeste.

— ¡Soledad, dije al fin, aquí debe haber un palacio blanco y dorado, donde tú y yo y nuestros hijos vivamos, y detras de él unos hermosos jardines donde paseemos, y delante de él una preciosa ermita de la Virgen de la Mar, donde oigamos misa y recemos y la Virgen sea venerada como en tiempos antiguos!

Soledad se estremeció de alegría al oirme hablar así, porque la pobre, ya se lo he dicho á VV., se había ido acostumbrando á soñar lo que yo soñaba, á creer lo que yo creía, y á esperar lo que esperaba yo.

— En Olabeaga, añadió, está de venta el bergantín *Poco es mucho*, que es muy velero y hermoso, y puede ser nuestro sin necesidad de que pidamos á nadie un cuarto. Con él y con la solemne promesa que hago á la Virgen de la Mar de reedificar la ermita que aquí tuvo, voy á

partir con rumbo á América, seguro de que he de volver salvo y rico á cumplir mi promesa, y á realizar todo lo demás que aquí y allá abajo hemos soñado!

Compré el barco, le tripulé á mi gusto, le cargué de harinas por mi cuenta, abracé á Soledad, que lloraba como una Magdalena, y me fuí á bordo del *La Virgen nos valga*, con cuyo nombre le había bautizado, pues el que ántes tenía no me gustaba, porque decía yo: «O nada quiere decir, ó dice un disparate.»

Al pasar la barra catalejeé á Santurce, no dudando que Soledad había salido á darme la despedida, y, en efecto, inmediatamente la vi á la orilla del mar, agitando un pañuelo blanco: como la distancia era corta, y mi anteojo bueno, vi que estaba descolorida como una muerta, y lloraba sin consuelo á pesar de que parecían tratar de consolarla mi hermano y mi cuñada, que habían ido á Santurce á despedirse de mí y á acompañar á Soledad hasta que se consolase un poco de la separación.

El *La Virgen nos valga* se iba alejando sin apartar yo la vista de Santurce, cuando vi que Soledad vaciló, cayó al suelo, y apresurándose mi hermano y mi cuñada á socorrerla, la tomaron en brazos y desaparecieron con ella de mi vista.

Señora ama, les aseguro á VV., y sobre todo á V. que tiene el corazón de cera blanda, blanca y pura como la nieve, que cuando vi aquello, sin poder hacer más que verlo, y vi que no me caía muerto, á pesar de que me dolía el corazón como si me le hubiesen atravesado de una puñalada, dije: por muchos dolores que yo sufra

en este mundo, no acaban conmigo y muero de viejo!

— ¡Pobre Chómin! exclamó Mari-Santa ya profundamente conmovida, porque aún más que todos nosotros iba encontrando un gran fondo de tristeza en todo lo que iba contando el anciano.

— Desde aquel instante, continuó Chómin, empecé á purgar mi locura, y lo que es mucho más triste, empezó también á purgarla quien era inocente de ella. Aquella mar que tanto me había enamorado hasta entónces, me trató tan infamemente, que el *La Virgen nos valga* empleó cuatro meses en el viaje á la Habana, con arribadas forzosas aquí, con calmas allá, con averías en el otro lado. El cargamento de harinas llegó casi todo él averiado, y no encontrando flete para la vuelta, ni teniendo fondos para cargar, como pensaba, por mi cuenta, tuve que apelar al recurso de los patrones de buque perdidos ó sin corazon.

— ¿Y qué recurso es ese, Chómin? preguntó Mari-Santa con viva y sencilla curiosidad.

— El comercio de carne humana.

— ¡Qué horror!

— Me propusieron que fuera á las costas de Guinea á cargar negros, y acepté la proposicion. Llegué á la costa de Guinea, donde el calor ordinario viene á ser el del horno cuando la masa está á medio cocer, y abarroté el *La Virgen nos valga* de negros y negras y negritos, unos conducidos á la fuerza como se conduce á los animales bravos, y otros conducidos con engaños como se conduce á los niños inocentes, y el buque emprendió la vuelta á Cuba con muchas precauciones, porque los cruceros

que perseguían aquel contrabando andaban listos. El *La Virgen nos valga*....

— Chómin, interrumpió la señora al anciano, por la Virgen Santísima no llame V. así al barco cuando tenga que nombrarle, porque me parece un sacrilegio el mezclar el nombre de la Madre de las Misericordias con el recuerdo de un buque dedicado al más cruel é infame de los tráficos.

— Tiene V. razon, señora ama, y haré lo posible por seguir su consejo. Pues como íbamos diciendo, navegaba el *La Virgen*....

— Dale, Chómin!

— Perdone V., señora ama, que con la pena tengo la cabeza algo trastornada. Navegábamos de noche, no recuerdo á que altura, cuando nos avistó un crucero inglés, y empezó á darnos caza, viendo que huíamos de él. El viento era de popa, y el bergantin que llevaba todas sus velas desplegadas iba ligero á pesar de su mucha carga, pero el crucero, que era un vapor de doble hélice, andaba dos millas por cada una que andaba el bergantin. Dos balas de cañon nos habian ya pasado rozando el casco, y una había cruzado la arboladura, picándonos la jarcia. Estamos perdidos, dije, si no echamos al mar el cargamento; pero esa barbaridad no la haré yo aunque nos cueste á todos morir ahorcados del palo mayor del inglés.

Nunca hubiera dicho esto, pues la tripulacion que se había aumentado en la Habana con algunos prácticos en la navegacion de las costas de Guinea, se me amotinó pidiendo que se echára al mar el cargamento negro.

Me opuse á tal inhumanidad, pero me opuse en vano, porque unos instantes despues no habia en el barco un negro ni una negra..... Negras sí habia; pero eran sólo nuestras almas, que debian serlo como un tizon cuando no se compadecieron de los gritos y súplicas de aquellos desdichados al ser arrojados al mar.

Mari-Santa se deshacia en lágrimas al oír á Chómin.

—¿No decia yo, continuó éste, que V., señora ama, iba á pasar un rato de mil demonios oyéndome? Pues por no afligirla á V. más, callo cosas muy horribles, como la locura repentina de la pobre madre de un negrillo.....

—¡Chómin, por Dios calle V. esos horrores, que harto se adivinan!

—Los callaré, señora ama, y sólo diré que sacrificando la vida de unos cuantos centenares de criaturas de Dios, nos salvamos nosotros, pues el *La Virgen*..... digo mi bergantín, así que se le alivió la carga, voló como una saeta por aquellos mares, dejando, como se suele decir, con un palmo de narices á los ingleses, cuya ponderada humanidad casi siempre cuesta á la humanidad cara, como sucedió entónces.

Volví desesperado á la Habana, y apenas llegué nos llevaron á la cárcel á mí y á la tripulación, y embargaron el bergantín, todo por sospechas de la verdad. Al cabo de seis meses de encierro nos pusieron en libertad, y me devolvieron el barco. Esto es decir que gané el pleito; pero me cayó la maldición de aquel gitano, que decia : «Pleitos tengas y los ganes.»

Encontré flete para Bilbao, pero como ántes de partir nos habíamos comido y gastado con exceso su importe,

partí sabiendo que cuando con más felicidad volviese á ver la cumbre del Sarántes, habia de ser trayendo, al cabo de dos años de ausencia, la cabeza llena de canas, el corazón lleno de amargura, y la herencia de nuestros padres reducida al casco del buque.

—¿Y volvió V. sin nuevos contratiempos?

—La mar, que tan irritada se habia mostrado al verme partir, se mostró un poco más benigna al verme volver, y al cabo me convencí de que entre tanto como habia perdido, no habia perdido el corazón, cuando al divisar el Sarántes allá á lo lejos, entre la neblina del Este, me eché á llorar y caí de rodillas en la cubierta del buque, mezclando el nombre de la Virgen con el de Soledad!

—¿Y de la pobre Soledad qué habia sido?

—¡Ay, señora ama, si en mi historia hay lágrimas amargas como la ruda, en la de Soledad las hay amargas como la hiel!

## XX.

## HOGAR DESIERTO.

—El *La Virgen nos valga*... Señora ama, perdone V...

—No importa que le llame V. ya así, que me parece haber purificado sus manchas las lágrimas que usted derramó en su cubierta al descubrir la cima del Sarántes.

—El *La Virgen nos valga* entró en el abra, pasó la barra y siguió ría arriba al fondeadero de Olabeaga. Mién-